

La Vida Perfecta, Testimonio Obligado del vivir Cristiano

Por MANUEL LIZCANO PELLON.

Ordinariamente, la atención del hombre se halla prendida en las cosas y acontecimientos que le circundan: en su circunstancia ambiente. La personalidad humana describe en tal caso, cabalgando sobre su facultad de pensar, una órbita cerrada y de límites exactos, que va del yo al ambiente y vuelve al yo. Y este juego vital, que viene a absorber así, prendiéndola entre los dos polos de la realidad inmediata, la habitual vigilia humana, va y viene sin descanso, como una devanadera, hasta llenar frecuentemente el tiempo íntegro del hombre sobre la tierra.

El cristiano tiene motivos para considerar negativa y torpe esta actitud, por muy inmediatamente que se asocie a la espontaneidad del vivir ordinario; puesto que el objeto apropiado de la atención continua del hombre inmortal no puede ser lo creado, ni las relaciones que entre las creaturas se descubren, ni siquiera la obsesiva reflexión sobre sí mismo y los problemas personales, sino el mismo Dios creador, que en el orden de la naturaleza, como en el de la gracia, ordena y atrae a sí todas las cosas y los seres libres que creó en un desbordamiento de su amor esencial, y que como razón de ser profunda tienen la de manifestar su gloria, pasiva o deliberadamente: cada uno en el puesto y orden que le corresponde dentro de la universal armonía del cosmos, desde la piedra obediente a la gravedad, hasta el hombre hijo de Dios, divinizado; o el ángel absorto en el cántico que la adorable Presencia le inspira.

De esta consideración inicial creo que arranca sin dificultades una cadena de ideas fuertemente apoyadas en los principios básicos del cristianismo, que nos servirá para ver con claridad y sencillez cual deba ser la actitud que tienen derecho a esperar del cristianismo, lo mismo Cristo y toda la Iglesia por El fundada para administrar a lo largo del tiempo la redención santificante que El nos ganó a todos los hombres; que la sociedad que, a cargo de los hombres de lo temporal, y preocupada legítimamente por la felicidad y el bien vivir pacífico de sus ciudadanos, necesita urgentemente, aun para la consecución de los precisos objetivos sociales de su convivencia, la acción abnegada y la pureza moral de aquellos, preclaros entre los suyos, que decidan vivir con todas las consecuencias su fe; esa fe en el mensaje evangélico que la Iglesia custodia, y que hoy, como resultado de un secular proceso de debilitamiento en la cristiandad, gran número de cristianos la viven en vano.

LA ATENCION A LA PRESENCIA ADORABLE

Efectivamente. Si analizamos ese movimiento espiritual del hombre, que arrancando de su voluntad o de su entendimiento, queda prendido en la atención de lo exterior en el orden de la naturaleza creada, sin encontrarse de manera rotunda con la Presencia viva y fulgurante de Dios, realidad máxima y omnipotente, de la que todas las demás se derivan y son como meros reflejos o imágenes que hablan elocuentemente de la magnificencia de Aquel de quien recibieron el ser, hay que convenir en que dicho movimiento revela un auténtico desconcierto de los mismos fundamentos racionales y volitivos del espíritu humano. Ciertamente para el cristiano fiel a la enseñanza permanente de la Iglesia católica, y por tanto fa-

miliarizado con el dogma del pecado de origen, la comprobación de este desconcierto profundo en que se halla sumida nuestra naturaleza, no produce sorpresa alguna. Es la consecuencia lógica de una situación de caída que conocemos en todos sus detalles, y que ha supuesto para el hombre concreto que vemos moverse después de la pérdida del paraíso de deleites, a lo largo de la Historia, en nuestro tiempo concreto, y dentro de nosotros mismos, algo así como un tremendo golpe de maza que nos mantiene atontados y casi sin sentido frente a ese sector categórico de la realidad que es Dios mismo, y las maravillas y relaciones que en El se descubren; mientras nos abrimos en condiciones que nos imaginamos absolutamente normales, a la contemplación del mundo visible, desplegando y absorbiendo en ella toda la capacidad vigilante de nuestra alma.

Está claro que no me refiero, al hablar de esta actitud interior, a la posición racional del negador doctrinario de la divinidad creadora; ni siquiera al que es derrotado sucumbiendo en el desorden moral, sino a un determinado estado de espíritu, independiente del acto de la fe, y común por tanto a gran parte de los creyentes y a los no creyentes. Me refiero a la situación psíquica concreta del hombre *que no ve a Dios*, y ve en cambio, con toda normalidad, la belleza del paisaje imprevisto; la tragedia o la grandeza del vivir; los cálculos precisos de la técnica; o la evolución de las relaciones entre las sociedades humanas que se rigen por concepciones contrapuestas en un momento cualquiera del tiempo. Me refiero al hombre *que no dialoga con Dios*, mientras le es inmediatamente fácil establecer consigo mismo, por medio del pensamiento, su comunicación interior; o con cualquiera de las realidades vecinas o remotas que le circundan.

Este hombre, pues —e insistimos en que con excesiva y dramática frecuencia este hombre es, siquiera de un modo grosero y adormecido, creyente—, se encuentra frente a Dios, aturdido, desorbitado: no lo encuentra, no lo aborda, en su cálida experiencia íntima, figurándose habitualmente encerrado en esa remotísima lejanía en donde suele situarse el cielo; y considerándolo por tanto extraño a su personal afectividad y al desarrollo cotidiano de su existencia, por mucho que aparentemente se produzca, bien ante sí mismo, bien en público, como prototipo y aun defensor acendrado del vivir religioso. Es aquí donde puede observarse, a una luz excepcionalmente favorable, la mecánica elemental del fariseísmo, peculiar, por ejemplo, de la espiritualidad burguesa.

Pero prosigamos. No hay una sola persona entre las que lleguen a tener acceso a estas páginas, que desconozca el hecho histórico de la redención de Jesucristo. No obstante, muchas de ellas se obstinan en hacerlo inútil para sí mismas, por no haberle concedido la atención que un acontecimiento de semejante trascendencia merece; otras, por su ligereza en dejarse seducir de las instigaciones sectarias a invalidar la sustancia de esa fe de salvación que supone el cristianismo vivido con todas sus consecuencias, tal como puede y debe entenderse a la luz del Evangelio; otras, en fin, por ese abuso tan corriente de la vida divina radicada en los cristianos, el cual consiste en no darle el menor valor práctico, y posponerla con frivolidad a todas las cosas, por lo que no tarda en hacerse estéril en sus corazonas. Estos últimos, que son los más ilógicos de todos, llegan así a vivir una existencia absurda, de piezas despreocupadas de un juego sin objeto, y que se diría que ya a nadie interesan. Cuando se trata sólo de su indecible necedad, que les hace vivir de espaldas a Dios, indiferentes hasta la médula de los huesos a la cegadora hoguera del Amor que está ardiendo por doquier en torno suyo, mientras ellos dentro de sus almas han sido capaces de desvirtuarla y disiparla prodigiosamente.

Ahora bien: de ese hecho histórico que es la redención de la especie humana íntegra por Jesucristo, se ha derivado una situación radicalmente nueva respecto a la de la Humanidad anterior al Salvador. Ya los hombres han sido engendrados a la vida divina en plena Cruz. En ella el pecado de cada uno muere cuando Cristo, que se ha apropiado los de todo hombres, muere en su desposorio misterioso con esa Cruz de la que todos, sobre el tálamo sangrante del Monte de las Calaveras,

hemos sido concebidos; asumiendo ya el Espíritu de Dios en nosotros, y transformándonos en hijos de Dios para la eternidad, en el instante mismo de ser bautizados en la sangre del Cordero que muere por todos. Una raza nueva ha poblado la tierra. La raza de los hombres del Espíritu, hijos de Dios tanto como hijos de los hombres, que viven del amor, y ya no hacen entre ellos distinción de las barreras que separaron y enfrentaron a los que vivían pendientes de la ley, y sólo eran hijos de hombres: fronteras, color de piel, lenguaje, lucha de clases, y aun el curso mismo del tiempo.

Pero, ¿dónde está esa raza nueva?, diréis muchos. Mirad atrás y la veréis crecida como una multitud innumerable; tanto, que ya a estas horas poblaría tan densamente la anchura de la tierra, como para provocar la muerte desesperada de esos abominables imbéciles que se llaman a sí mismos con el feo nombre de neomalthusianos, que ya casi deja traslucir la depravada bellaquería de sus titulares, incapaces ni por lo más remoto de comprender qué pueda ser la confianza en Dios, y decididos con científica seriedad de técnicos de la estadística y del asesinato infantil organizado, a estropearle a la Santísima Trinidad el plan de poblar primero la tierra, y después el cielo, con el número preciso de los escogidos que hará innecesaria ya la prolongación del tiempo.

Ahí está nuestra raza: los que queráis verla, mirad si os es posible por encima de nuestras cabezas, y la vereis remontarse como un ejército colosal que tapa el firmamento y lo ensordece con sus atronadores cánticos de bienaventuranza. Día llegará en que todos vosotros: ateo-comunistas, masón-capitalistas, o cristianos sin Dios, si no os dais prisa a descubrirla e incorporaros a ella con el corazón rendido de amor mientras aún sea tiempo, el que es nuestro jefe y cabeza os sorprenda como ladrón con su llegada triunfante, y os tengais que aporrear las frentes y clamar desesperados frente al espectáculo aterrador de nuestra presencia sin orillas, encabezados por los mismos que fueron vuestros mártires y vuestras inocentes víctimas, y radiantes de amor; pero un amor ya inútil para vosotros, porque cuando aún era tiempo os hicisteis voluntariamente impenetrables a él para la eternidad.

Mas ahora nos preguntamos: una vez consumada en el cristiano esa mutación formidable que supone su ascensión al orden de la naturaleza y de la existencia divinas, de las que participa en Cristo Jesús que las posee en plenitud increada y esencial, ¿no es desconcertante la actitud de cualquiera de nosotros que no viva absorto ante la engeguedora realidad de su Dios de amor? Un Dios que en un desbordamiento indecible de caridad ha decretado mi creación personal e inmortal, para arrebatarme luego al seno de su intimidad y satisfacerme cumplidamente en su compañía imposible de imaginar. Y no obstante, ese Dios, que me ama de manera que yo nunca podré comprender: ¿estaba ante mí a todas horas, sin que yo lo viera, ni dialogara con El? Es entonces cuando sobrevendrá en mi mundo interior, infestado antes de todas las sandeces que dicen los periódicos y vocean las radios, atento siempre a mis ideas y a las impresiones exteriores, un cambio lento pero impresionante. De estar aturdido y bajo los efectos de un mazazo ante Dios, iré pasando a ver con toda clarividencia su Presencia adorable, y a quedar despreocupado ante todo lo que no sea Dios y el mundo que a Dios interesa: el mundo de las almas.

Son dos momentos perfectamente claros y contrapuestos: el hombre que arrastra entera la actitud de espíritu consiguiente a su pecado de origen, que le inhabilita para el uso recto de la libertad; y el hombre que renace en sí mismo a la interior luz divina que no cesará ya de iluminarle el espíritu, a no ser que sobrevenga una ulterior caída moral, con el consiguiente retroceso al mal, del que nunca podemos considerarnos libres mientras peregrinamos; pero del que automáticamente podemos volvernos a levantar, apoyados en la vida misma de Dios, comunicada ahora a sus hijos, y que nunca nos falta.

El primero de esos hombres está perdiendo el tiempo, su tiempo, atento a cualquier cosa que no sean Dios y las almas; al segundo, ordenado en Dios como es debido, sólo El y las almas le importan seriamente, y constituyen la fundamental relación con la que está trabada su existencia.

UN VIVIR DE CONTEMPLACION ESENCIAL

Nos interesa, pues, advertir, de qué manera se lleva a cabo, en el interior del cristiano, esa delicada operación transformante, por virtud de la cual vivirá ya siempre sin separarse de la cálida Presencia de su Dios; Presencia que le incita a una actitud de adoración y confiada reverencia permanentemente renovada.

El cristiano ha de orar siempre. Es imposible tratar de comprender el vacío de muerte que se abre en el corazón de un hombre que no ora. Sea obrero, sea pensador, o poeta, o político, o técnico de cualquier profesión de complicado aprendizaje, el hombre que no dialoga habitualmente con su Dios, es un hombre que tiene amputada, en muñón deforme, la parte más noble y decisiva de su ser. Esto lo sabemos bien nosotros, los hombres jóvenes españoles que procedemos del seno mismo de la clase obrera, y conocemos la extensión pavorosa que entre los obreros, —cristianos por nacimiento— de nuestro pueblo, ha llegado a tener esa actitud de inhibición resentida y de desorientado escándalo observable en casi todos ellos; que si en mucho es explicable por la farisaica afiliación general de nuestros católicos al derechismo burgués, no en menos ha sido cruelmente fomentada por los fanáticos y celosos agentes de las sectas masónicas y comunista. Pues estos cientos de miles de hombres y mujeres hermanos nuestros, apartados en masa, por una violencia moral inaudita, del pacífico y ennoblecedor vivir cristiano, hacen —con su existencia frecuentemente desgarrada por el sufrimiento—, una proclamación categórica de la inmensa necesidad que el hombre tiene de vivir orando.

El cristiano ante su Dios, ama sencillamente. Sabe que Dios le ama, y entonces conversa con él en su interior, a solas y en silencio, sin preocuparse del modo; con perfecta naturalidad. Llega a sentir por sus hermanos, que son las almas que Dios ama con tan inexplicable ardor y delicadeza, una gran ternura; y no vacila en fundir con la de ellos su propia suerte, e incluso en comunicarles los bienes de que dispone; porque ha llegado a eliminar de sí mismo todo lo que hacía obstrucción a la expansividad absorbente de la vida divina, y ya se siente solidarizado, hasta en los detalles pequeños, con la adorable voluntad de Dios. Entonces es cuando todas las cosas las ve inmediatamente gobernadas por la mano providencial de su Señor, y viene a sentir a medida que las cosas le suceden, como León Bloy sentía, identificado con la tradicional sabiduría de la Iglesia, que "todo lo que ocurre es adorable".

Todavía es posible que las tumultuosas oleadas del pensamiento le invadan alguna vez las estancias recónditas del espíritu, donde tienen lugar las secretas entrevistas con Aquel a quien ama. Serán los últimos residuos de aquella vieja concepción naturalista, bajo cuya vigencia el alma respiraba la invasión irresistible de las imágenes de lo creado, y Dios apenas encontraba sitio para estar. Pero ahora cada vez será mayor la clarividencia íntima con que esta alma descubre y contemplan, en sabrosa paz, el rostro de su Bienamado. Y como consecuencia, quedará tan llena y fortalecida de la Presencia divina, que cuando vuelva a reintegrarse al sobresaltado desvelo de la lucha exterior cotidiana, en todas partes llevará a Dios evidentemente consigo. Dios está allí donde hay caridad y amor. No hay alma que penetre en los tesoros misteriosos que El tiene reservados a los que le aman, que no salga ataviada y enriquecida, y con mayores ansias de gastar completa su vida por la vida de la Iglesia.

Antes de pasar adelante, debemos subrayar que los firmes sobre los cuales se proyecta toda esta prodigiosa y sencillísima trayectoria de las relaciones entrañables entre Dios y el alma cristiana, son los diversos hábitos de vida honesta necesarios para llegar a vivir de una manera estable dentro de un orden moral

ordinario de perfección. Es lógico que una vida de desorden, o simplemente poco vigilante de los actos propios en cualquier materia en la que estamos obligados a observar una escrupulosa rectitud —bien sea en nuestra vida pública o privada—, en eso mismo está esclavizada a sí misma, seducida por alguna adhesión reprobable, e incapacitada por tanto para vivir en ese estado de absoluta libertad interior que ya nadie, ni con el martirio, le puede arrebatar, y que la limpieza infinita de Dios reclama, para poderse posar a descansar en un corazón humano. Las almas que están poseídas por alguna cosa, que son precisamente aquellas que viven neciamente, imaginándose poseer lo que sea, en esa misma medida repelen a Dios. Esa es la razón por la que Jesús en el Evangelio se muestra tan pesimista respecto a la salvación de los ricos. Porque suelen estar tan codiciosos de su riqueza, que viven decididos a no abandonarla, esclavizados a ella por tanto, y haciendo imposible que la redención les alcance, puesto que prefieren mantener su espíritu en esclavitud servil, a elevarlo a las alturas de la verdadera libertad. Que es lo mismo que les pasa a los demás codiciosos o idólatras: a los de la carne y a los del amor propio.

UNA VIDA DE TESTIMONIO DEL AMOR

¡Qué frecuente es oírnos hablar a los católicos de apostolado, sin que se tenga a menudo un concepto claro de lo que significa esta repercusión social de la vida divina que portamos en nuestros espíritus! Acción apostólica es la que lleva a los demás lo contemplado. Es decir: el testimonio dado ante los demás del Amor divino con el que tenemos íntimos tratados, y que rebosa en nosotros exigiéndonos ser comunicado a las almas. ¿No se ve ahora con precisión cuál sea la interior disposición exigible siempre al cristiano y la trascendencia de su actuación social? Y más aún: ¿no se advierte el estrafalario aspecto que ofrece —vista desde el cielo, por ejemplo— la actitud espiritual de tantísimos hombres que viven en la Iglesia, pero que atentos al rostro y a la voluntad de Dios, ni a su acción sobre las almas inmortales, sino desparramados en lo exterior la casi totalidad del tiempo, salvo pequeños ratos lúcidos de oración, muy distanciados y poco operantes en realidad a lo largo de su vida?

Para quien haya seguido el curso de estas ideas, semejante concepción de la vida cristiana ya no puede resultar chocante, o rara, o propia sólo, en el mejor de los casos, de personas eclesiásticas. Es, sencillamente, el vivir cristiano, sin que pueda haber otro; que necesariamente sería un no vivir, o un vivir roto y parcial.

Para encontrar amor donde no hay amor, sólo tenemos que hacer una cosa: poner amor nosotros. No es necesario más que limpiar nuestros ojos al mirar a Dios, para que en el fondo del revuelto y estridente acontecer social, bélico o histórico de nuestro tiempo, veamos, igual que en todas las épocas, cómo lo único que se mueve y crece sin descanso es el Reino de Dios. Ese único reino que está asentado sobre la justicia, el amor y la paz; al que en potencia pertenecen todos los hombres de buena voluntad, y en el que los cristianos, la raza nueva de los hijos de Dios, tenemos nuestra patria y nuestra morada propia. Lo demás es ruido; un ruido absurdo y extraño, como escuchado en sueños, que a medida que desaparecen de escena sus entusiastas propagadores, va quedando disuelto en el silencio absoluto del olvido que aniquila las ficciones forjadas en la ilusión del tiempo.

Seres con efectividad categórica e indiscutible, seres reales, sólo quedamos nosotros: Dios y las almas inmortales; y los ángeles, que también nos ayudan, y hay que estarles reconocidos. Fuera —de aquí nuestra angustia por los que se obstinan en vivir fuera— sólo reina la muerte, y el espanto del vacío donde Dios

no habita. Así que el alma, cuando vuelve de su sagrado diálogo hasta la calle ruidosa por donde cruza vertiginosamente el estrepitoso vehículo en el que, ante el papanatismo de los necios, brincan la Carne, y el Demonio y el Mundo su fantástica Danza de la Muerte, no puede menos de sentir urgencia en gritar a las otras almas, sus compañeras: "¡Mirad que el Amor no es amado!" Unas veces la escuchan, y otras —parece que las más— no la hacen ningún caso. Pero eso ya —el resultado— únicamente Dios lo sabe, y El es en definitiva quien gobierna el teatro del mundo.

Con todo esto íbamos a una cosa: a darnos de bruces con lo que todos esperan —porque tienen derecho a esperarlo—, del cristiano antes de clasificarlo, no sin escándalo, como un cínico más; o, burlonamente, como uno de los simples que cruzan por la vida sin haberse enterado de nada: ni siquiera de lo que son y dejan de ser. Y lo que así se demanda de nosotros es, sin duda alguna, una existencia de testimonio del Amor. ¡Cuánto mejor sería que los que con toda frialdad renuncian a vivir así, cristianamente, renunciaran no sólo en privado, ante su conciencia, sino también en público, ante todos, para que todos supieran que ese que fué cristiano ya no lo es! Ellos son los que arrojan tanto lodo en el rostro de Cristo que lo hacen irreconocible, por lo que muchos huyen de El. Si bien en nosotros está el vencer el mal con la abundancia del bien. "Seamos buenos Ud. y yo, y ya habrá en el mundo dos pillos menos", he oído que decís a quien se le ponía a tiro un viejo párroco rural de una región española; creo que tenía razón sobrada para considerar definitiva esa exhortación tan provechosa como fácil de entender para cualquiera.

Porque la sociedad occidental y la eslava, con sus instituciones inservibles para el bien del hombre, sus bombas atómicas y su aburrida propaganda, sólo tienen hoy abiertos ante ellas dos caminos: Cristo o el desastre. Y en esto, que es lo fundamental, se deduce claramente de todo lo anterior que somos nosotros, los cristianos —aunque la cosa haga sonreír a los complicados políticos, a los taimados diplomáticos, financieros o dirigentes de secta, y a los insensatos belicistas—, quienes tenemos la palabra en nuestro tiempo.

